

La tía Pita

Elena Poniatowska

Una noche, en una fiesta en su departamento de la calle de Duero me conminó, la voz muy alta:

—¡No te compares con tu tía de sangre! ¡No te compares con tu tía de fuego! ¡No te atrevas a aparecerte junto a mí, junto a mis vientos huracanados, mis tempestades, mis ríos! ¡Yo soy el sol, muchachita, apenas te aproximes te carbonizarán mis rayos!

Al día siguiente, a la una de la tarde, sonó el teléfono. Era Pita como la fresca mañana:

—¿Eres feliz, corazón?

Le dije que sí, que mucho. Entonces me preguntó que dónde podría conseguir unos zapatos de charol con un moño en forma de mariposa para salir a pisar la tarde antes de que a ella le dieran siete pisotones.

En 1954, Pita me prohibió usar mi apellido materno. Mamá y Pita son primas hermanas, hijas de dos hermanos, Emmanuel, padre de Pita, y Pablo, padre de mamá. Ella fue la séptima de siete amores, la última, la ultimita: Mimí, Carito, José, Elena, Inés, Maggie (Margarita) y Pita, hijos de Emmanuel Amor y de Carolina Schmidlein. Emmanuel Amor tuvo un hijo

de su primer matrimonio: Nacho, a quien todos llamaban “Chin”. Pita fue la consentida, la muñeca, la de los caprichos y rabieta, la de los terrores nocturnos, la torturadora de la nana Pepa. Era una criatura tan linda que Carmen Amor (esposa de Chin) estrenó su cámara fotográfica con ella y le sacó tantas fotografías desnuda, en varias posturas, que quizá por eso a Pita le pareció natural posar desnuda para Diego Rivera. Pita siempre se vio en el espejo, siempre se encantó viéndose a sí misma y todavía hoy pregunta con su voz de barítono:

—¿Cómo me veo? Divina, ¿verdad?

Posiblemente en esas fotos de niña está el origen de su exhibicionismo, la adoración por sí misma, por su cuerpo y el exagerado cuidado que tuvo de su persona durante su adolescencia, su juventud y los primeros años de su madurez. Si era una niña preciosa fue una adolescente realmente bella; pequeña de estatura llamaban la atención tanto sus desplantes como sus grandes ojos abiertos, su voz rotunda como su cara redonda y aniñada y su pelo peinado con un chino como los “cupies” de amor: esos cupiditos que revolotean siempre en torno a los enamorados.

De niña, en la calle de Abraham González, nunca aprendió lo que sus hermanas sabían a la perfección, las buenas maneras; el francés lo habló por encimita, el inglés también. Nunca la obligaron a hacer lo que no quería. Para ella no hubo disciplina, sólo pasteles. Era la chiquita, la más bonita, la más chistosita. Divertía mucho a sus padres, a sus hermanos. Se le ocurrían cantidad de maldades y nadie le puso el alto. Carolina Schmidlein pero sobre todo Emmanuel Amor ya eran grandes. Pita sólo lo recuerda sentado al sol en el balcón

con un plaid escocés sobre las rodillas. Más tarde fue la piedra de escándalo como lo fue en la calle de Génova junto a la iglesia de La Votiva en el Paseo de la Reforma cuando se le antojó ir a misa de una, la más concurrida y la más popoff, y gritar en el alto silencio de la elevación: “¿Saben, hipócritas?, tuve un aborto”.

También salía al Paseo de la Reforma, frente al *Ciro's* en la esquina del hotel Reforma a gritar desnuda bajo su abrigo de *mink*: “Yo soy la reina de la noche”.

Cuando sus amigos, Pepe Iturriaga, Fernando Benítez, Arturo Arnáiz y Freg, Antonio Vargas Mc Donald (en realidad Maldonado), el Loco Ortega y otros no tenían con qué pagar su cuenta de cabaret, podían llamarla a las cuatro de la mañana y ella, solidaria, se presentaba en taxi vestida de *mink* a decirle al capitán de meseros:

—Aquí está mi reloj de oro. ¡Empéñelo usted que es un esclavo y un miserable! ¡Aquí están mis zafiros, mis esmeraldas, mis diamantes!

Al llegar a México Kitzia y yo, nos gustó muchísimo ir a comer o a merendar a casa de la tía Carito. Nos daban una gran cantidad de besos, nos hacían cantar en francés, celebraban lo que platicábamos, nos festejaban sin ton ni son, en breve, nos querían muchísimo. Pita no. Ella a la que quería obsesivamente era a mamá. Mamá, distraída, nunca se daba cuenta. Yo, que tengo pasión por mamá, me moría de celos. “Paulette, te quiere conocer Edmundo O’Gorman. Paulette, dice Diego Rivera que te vio en una exposición, le encantaste y ahora desea pintarte. Paulette, Fito Best Maugard y Roberto Montenegro nos invitan a tomar té; Paulette, vamos a los toros, se van a lidiar los de La Punta, la ganadería de

Pepe Madrazo; Paulette, no hay hombre más atractivo que Manolete. Paulette, Paulette y más Paulette y todo el día Paulette.”

Pita los conocía a todos porque desde niña pudo participar en la vida artística de México. Mimí Amor puso en la cochera de su casa una escuelita para dar cursos de inglés. Asistían Hugo Margáin, Guillermo Haro y otros amigos de Chepe su hermano. Pita adolescente bajaba la escalera a interrumpir la clase con una infinidad de muecas, visajes y pasos de baile. ¡Que la vieran, que le hicieran caso! Zapateaba, castañuelas en alto. Mimí, enérgica y dulce, la devolvía a su recámara y a la nana Pepa. Pita, desobediente, no hacía caso. Carolina Amor, la segunda, ya trabajaba porque con la Revolución se acabaron las haciendas y los Amor vinieron a menos como todas las familias porfirianas de la colonia Roma, de la colonia Juárez. Desde adolescente, Carito empezó a escribir artículos para *Excélsior*, fue colaboradora de Carlos Chávez en Bellas Artes, y sustituyó en ese puesto a Antonieta Rivas Mercado. En la planta baja de la casa de Abraham González, en lo que era el despacho de Emmanuel Amor y porque a Carito, entre otras razones, le encantaba Julio Castellanos, se acondicionó la primera galería que hubo en México, dirigida por Carito, quien más tarde habría de pasársela a su hermana Inés: la famosa Galería de Arte Mexicano. Juan O’Gorman, que aún no hacía pintura de caballete y era sólo arquitecto, acondicionó la galería y en ella expusieron su obra bajo el efecto de una artística iluminación ideada por el electricista de la tlapalería de la esquina. Orozco, Rivera, Siqueiros, Rufino Tamayo, Manuel Rodríguez Lozano, Carlos Mérida, Julio Castellanos,

Alfonso Michel, Salvador Novo —que pintaba de otro modo— y tantos otros. Pita Amor hablaba con todos, se hizo amiga de Juan Soriano y de Guillermo Meza, empezó a posar para Raúl Anguiano y Roberto Montenegro y cuando la consagró Alfonso Reyes diciendo que él no escribía sus poemas y que se trataba de un genio “muy bonito y muy gracioso”, todos quisieron pintarla, desde Diego Rivera hasta Cordelia Urueta, desde Fito Best Maugard (que abandonó por el momento los portentosos ojos de Nahui Ollin) hasta Antonio Peláez, extraordinario dibujante.

Una noche en que Pita andaba sonándose, medio alicaída y con una caja de kleenex, me dijo: “Tengo gripe, siempre tengo gripe. Será porque la pesqué desde aquellas sesiones en que posé para Diego en su estudio tan frío.” Ese desnudo además causó escándalo (Miguel Alemán, quien inauguró la magna exposición en Bellas Artes, se quedó frío y Pita tuvo que explicarle que era un retrato de su alma: “¡Ah pues qué bonita alma tiene usted!”, comentó el entonces presidente). Pita nunca se inmutó ante él (el retrato), al contrario, lo invocó siempre porque era santo de su devoción.

En 1934, cuando se inauguró el Palacio de Bellas Artes, Pita abrió desmesuradamente los ojos ante el telón de vidrio emplomado de Tiffany y las figuras que ante él se retrataban. Alfonso Reyes, Ignacio Asúnsolo, Dolores del Río, Carlos Pellicer, José Vasconcelos, los Contemporáneos (Salvador Novo, guapísimo), los meros, meros de la época. Los veintes, los treintas fueron extraordinariamente fecundos para la cultura de México y aunque a Pita le tocó la colita, en esa década surgieron poetas, pensadores, ensayistas, brigadas culturales,

maestros generosos, el muralismo cobró un auge inusitado y vinieron a México Edward Weston, Tina Modotti, D.H. Lawrence y más tarde André Breton, Trotsky, Ana Seghers, muchos otros. Hubo una enorme efervescencia en torno a lo mexicano; Miguel y Rosa Covarrubias recorrían la República desenterrando piezas precortesianas, huipiles y arte popular, y Lupe Marín, cuando Diego Rivera no le dio para el gasto porque se lo había pasado íntegro al Partido Comunista, le sirvió esa misma noche una riquísima sopa de tepalcates.

Volviendo a mamá, para una de tantas semanas santas, Alice Leone Moats (que había escrito un libro en inglés sobre México y que todos en México, propios y ajenos, conocían como Mrs. Moats) le prestó su casa en Cuernavaca. Estábamos Kitzia y yo fascinadas de tenerla sólo para nosotras una semanita y de pronto tocan el timbre de la puerta. “¿Quién?” “Pita.” “No es posible, no es verdad.” Había venido sola en taxi desde la capital. No lo podíamos creer. En aquellos años, ir a Cuernavaca significaba viajar. No estaba a la vuelta de la esquina como ahora. Hervía yo de rabia, a Kitzia le importaba menos porque Pita una tarde nos llevó a la Villa e hizo que nos retratáramos tras de todos los telones pintados, el avioncito, la china y el charro, la Virgen de Guadalupe, la bandera tricolor, etcétera, etcétera, y a Kitzia le divirtió un chorro aunque Pita se quedó con todas las fotografías y sólo nos dio la del avioncito. Esa tarde, naturalmente Pita pasó a la casa, y en el jardín deshizo sus dos largas trenzas claras, lo cual a mí me pareció muy mal porque mi hermana y yo las destrenzábamos en la noche, ya para dormir, en la intimidad de la recámara. “Pita n'est pas dutout comme il faut”, le

dije a mamá. Mamá sólo rió. Esos desplantes de Pita no le caían mal, pero yo me enfurecí: “Si no la mandas de regreso a México inmediatamente, me mato.”

—Es Viernes Santo, volvemos a la capital el domingo en la mañana, déjala, pobrecita, está medio locuita.

Pita hacía sufrir a sus hermanas, a Mimí y a Carito sobre todo. Curiosamente con Chepe su hermano tenía una buena relación. Quería mucho a Maggie, la preciosa Margarita que la precedía, y ese cariño lo heredaron sus hijos, Bernardo y Javier y Jaime y Eduardo y no sé quién más porque a nosotras las mujeres no nos quiere nadita salvo a Mariana Pérez Amor que la regaña mucho y la cuida más.

En medio de sus bailongos y sus idas al cabaret de la época: el Leda (donde todas las noches Lupe Marín y Juan Soriano bailaban sin zapatos y hacían un show muy celebrado por los Contemporáneos y por José Luis Martínez), en medio de sus domingos en los toros, su asistencia a fiestas y cocteles, Pita Amor produjo de golpe y porrazo y ante el azoro general su primer libro de poesía: *Yo soy mi casa*, publicado a iniciativa de Manolo Altolaquirre. El libro causó sensación. Inmediatamente apadrinó a Pita Alfonso Reyes, que era un poquito coscolinito, quien declaró a los cuatro vientos: “Y nada de comparaciones odiosas, aquí se trata de un caso mitológico.”

“Cuando la gente de México —pontifica Pita— decía que no era posible que yo escribiera mi poesía y que me la hacía Alfonso Reyes, respondí con un soneto que parodié de Lope de Vega”:

Como dicen que soy una ignorante,
todo el mundo comenta sin respeto,
que sin duda ha de haber algún sujeto
que pone mi pensar en consonante.

Debe de ser un tipo desbordante,
ya que todo produce, hasta el soneto;
por eso con mis libros lanzo un reto:
“burla burlando, van los tres delante”.

Yo sólo pido que él siga cantando
para mi fama y personal provecho,
en tanto que yo vivo disfrutando
de su talento sin ningún derecho.
¡Y ojalá no se canse, sino cuando
toda una biblioteca me haya hecho!

Resulta contradictorio pensar que esta mujer que durante el día no cejaba en su afán de escándalo, en su propósito de obligar a todas las miradas a convergir en ella, a todos los oídos a escuchar hasta el más nimio de sus propósitos o despropósitos, ya en la soledad de su recámara, sobre la bolsa del pan y con el lápiz de las cejas escribía febril sus *Décimas a Dios*. “Me cuesta más trabajo pintarme un ojo que escribir una décima”... “Escribo a cualquier hora, escribo como hablo, cada día me es más fácil escribir.”

Pita Amor fue de escándalo en escándalo, sin la menor compasión por sí misma. En un programa de televisión, cuajada de joyas y con su invariable bucle sobre la frente, la mantilla de encaje negro que siempre le gustó usar, y sobre todo con un escote que hizo protestar a la Liga de la Decencia afirmando que no se podía recitar a San Juan de la Cruz enseñando los pechos,

Pita Amor se puso a decir décimas soberbias, romances, todas las formas clásicas de la expresión poética, con un éxito sorprendente. Además y por primera vez, una mujer se impuso en la televisión, Pita era su propio *floor manager*, dirigía las cámaras, ordenaba las luces, mangoneaba al *staff* y si no le obedecían los agarraba a patadas con su piecito de alfiletero, insultaba con su boquita de carretonero, hacía y deshacía a su antojo sin que trabajador alguno se atreviera a protestar. Más impositiva que María Félix, más mala, todos la obedecían estupefactos. Sus *Décimas a Dios* fueron el delirio. Las recitaban hasta los tramoyistas. Dio recitales en que la ovación duraba más que una vuelta al ruedo. La gente se preguntaba cómo era posible que una mujer que se la vivía bailando, pedía a grandes voces quemar la biblioteca del pulcro José Luis Martínez, salía a media noche a gritar en medio del río de aterrados automovilistas que se detenían ante esa Diosa intemporal, rugiente e inmarcesible, la gente se preguntaba cómo era posible que Pita pudiera producir una obra tan hondamente angustiada:

Ventana de un cuarto, abierta...
¡Cuánto aire por ella entraba!
Y yo que en el cuarto estaba,
a pesar que aire tenía,
de asfixia casi moría;

que este aire no me bastaba
porque en mi mente llevaba
la congoja y la aflicción
de saber que me faltaba,
la ventana en mi razón.

A Pita siempre le costó trabajo adaptarse al mundo, siempre fue la voz que se aísla en la unidad del coro, entre sus hermanas, en el seno familiar, en el internado en Monterrey que no aguantó y en donde no la aguantaron, en el Colegio del Sagrado Corazón. Nunca pudo salirse de sí misma para amar verdaderamente a otro; la única entrega que pudo consumir fue la entrega a sí misma. Demasiado enamorada de su persona, los demás le interesaron sólo en la medida en que la reflejaban; no fueron sino una gratificación narcisista. Sin embargo, ahora, Pita Amor ha vuelto amorosa a las amorosas manos Amor, a los hermanos que le quedan y a los hijos de sus hermanos que cuidan sus rebeldías, sus maldades, sus pequeños y sus grandes alcances mientras ella les recita el epitafio de Xavier Villaurrutia:

... Aquí yace dormido y olvidado
el que en vida vio mil y una muertes
nada quieras saber de mi pasado
despertar es morir, no me despiertes.

Y afirma, con un rictus de desdén que su epitafio es el siguiente y es lo que más le gusta de todo lo que ha escrito:

Mi cuarto es de cuatro metros.
Mi cuerpo mide uno y medio.
La caja que se me espera
totalizará mi tedio.

Confidencia de la autora*

Es la primera vez que escribo en prosa. Soy justamente lo contrario de aquel buen sujeto que escribía en prosa y no lo sabía. Entiéndase que es la primera vez que escribo en esta forma, para decir algo de mí, y, lo que es peor, con la intención de que esto se publique. Se me ha pedido que escriba algo acerca de mí, de mi poesía; y aunque estoy acostumbrada a que mi poesía se refiera siempre a mí, todo lo que he escrito hasta hoy ha sido mi poesía.

Nací en este siglo, en todo y por todo; claro, que siendo mujer, no voy a precisar en qué año. En la ciudad de México, en el seno de una de esas familias profundamente católicas, de vieja tradición y que llaman entre nosotros familias de aristócratas.

Soy de raza criolla; con ascendencia española, alemana y francesa. La menor de siete hermanos. De las mujeres, la más vanidosa y la más bonita.

Me bautizaron con los nombres de Guadalupe Teresa. El uno mexicanísimo; el otro, no puede ser más español. Como ninguno de los nombres me sentaba,

* En: *Poesías completas (1946-1951)*, Madrid, Aguilar, 1951.

siempre me llamaron Pita. Voz que coincide a la perfección con mi cuidada superficie. Casi había olvidado mi verdadero nombre, hasta que descubrí mi verdadera vocación. Mi poesía, más real que yo misma, está escrita por Guadalupe Amor. Mis amigos y enemigos personales insisten en llamarme Pita.

Mi niñez no se desarrolló en un medio ambiente de holgura, pero sí en una atmósfera de heredado buen gusto, único patrimonio de los nuevos pobres creados por una revolución que ha sido tan fecunda en la producción de nuevos ricos.

Siguiendo la tradición de familia y de clase, pretendieron educarme en colegios católicos, siendo el que iba a darme los últimos toques educativos el obligado colegio de las Damas del Sagrado Corazón. ¡Pobres religiosas!...

El recuerdo más lejano que creo tener de mi ser, quedó plasmado en una fotografía. A la edad de tres años me retrataron completamente desnuda, recostada en una jardinera de violetas. Tal vez fue eso lo que ahora llaman un traumatismo, y seguramente, de ese hecho nació mi afición a los espejos, a mis retratos, en una palabra, a mi narcisismo, raíz de vanidad.

Paralelamente a ese placer de los sentidos, de verme o crearme bella, crecía en mí una callada angustia: el pavor de la soledad, un miedo incontenible de lo oscuro...

Un ingenuo y cruel juguete mexicano, popular en nuestro país durante la conmemoración de los difuntos, a principios de noviembre, la calavera de azúcar, me hizo descubrir la existencia de la muerte.

Me aterraba tanto contemplar uno de esos juguetes, que perdía el sueño durante semanas enteras. Mis manos me llevaron al terror supremo de caer en la

cuenta que detrás de aquella cara que tan gratamente me devolvía el espejo, se palpaba el horror de mi propia calavera, y que aquello no era sino la cúspide de un esqueleto. Creo que durante años enteros tuve por las noches la obsesión de la muerte que llevaba adentro.

Después vino la adolescencia.

Con la adolescencia, la rebeldía. Pesaba sobre mí la rancia disciplina de aquel colegio-tumba. Logré libertarme de él como un preso, como un pájaro, y entonces mi único anhelo fue respirar el aire libre de en medio de la calle.

Viví, viví intensamente; acepté todos los placeres y todas las amarguras. No tuve miedo ni de la vida ni del aislamiento. Al cabo de algún tiempo, en mi haber no tenía más que el vacío.

Para llenarlo eché mano de todo...

Era necesario que lo que no me habían dado los demás se compensara con una afirmación de mi persona... Necesitaba hallar una manera de expresión; hubiera querido ser la mujer más halagada del mundo, la estrella de cine más popular, la actriz eximia. Y para lograrlo estaba tan impaciente que esperaba un milagro. Mientras tanto, me consumía ansiando todo.

Mi provisión de cultura era bastante insignificante. En el Colegio Libelula (así, sin acento) las únicas discípulas fuimos las dos hermanas pequeñas de la familia; la profesora, mi hermana mayor. Allí, siendo muy niña, aprendí el catecismo; en los colegios religiosos, nada. Pero eso sí, siempre me llevé los primeros premios en costura, composición y estilo.

No he vuelto a coser en mi vida.

A veces leía, sin método y al azar. Me fascinaron

los cuentos de hadas y los autores dramáticos griegos. Leí libros de versos, los que estuvieron al alcance de mi mano: sor Juana Inés de la Cruz, Rubén Darío, Federico García Lorca, a la vez que Juana Ibarbourou, don Juan de Dios Peza y hasta don Juan Tenorio. Ahora pienso que, más que la esencia de toda esa poesía, lo que quedaba en mí era su ritmo. Tal vez fue esto lo que creó en mí el sentido de la medida y del oído poético.

Un buen día, se me ocurrió escribir unos versos. No tuve más público que una de mis hermanas, a la que le dije que eran de don Enrique González Martínez. Ella me contestó que le habían gustado.

Yo los olvidé por mucho tiempo.

En una ocasión dije esos versos a un viejo amigo mío; su reacción fue decirme que yo no los había escrito, porque eran poesía pura y eso se encontraba muy rara vez. Yo no traté de convencerlo de que era yo la autora de esas líneas, pero esa misma noche intenté seguir escribiendo. Desde entonces no he dejado de hacerlo.

Creo que el peligro más grande que puede tener el artista al expresarse es la falta de sinceridad, que siempre se echa de ver en la obra como una originalidad forzada. Nunca he sentido el verso libre; la rima siempre se me ha impuesto como una música. Mi lenguaje poético es el que uso todos los días para conversar. Claro que mi conversación, generalmente, se reduce a hablar de mí misma, y mis problemas personales son los mismos que mis problemas poéticos.

La interrogación fundamental de todo ser humano que siente que la vida y el pensamiento son sus responsabilidades máximas. ¿De dónde vinimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos? Cuestiones éstas que, si bien

es cierto pertenecen a la filosofía, y no pueden resolverlas sino religiones, tratadas con lirismo, creo, que llegan a ser la médula de la poesía pura.

Dentro de mis temas poéticos, lo que cuenta menos es el mundo exterior; y no se diga ya el físico, mucho menos, el histórico.

Detesto el uso de los nombres propios, creo no haber usado de las palabras con mayúscula sino las veces que me he referido a Dios; pero aún he evitado, con más afán, el usar las intocables palabras de poesía, poeta, poetisa o sus equivalentes.

En cuanto a la forma, comencé guiándome únicamente por el ritmo y la rima, pero sentí que las formas clásicas se acoplaban a mi modo de sentir. Estas formas podrán haber tenido principio, pero una vez creadas me parecen eternas, siempre que el contenido sea lo esencial. Por lo menos, ésta es la posición que yo he tomado desde que empecé a escribir. El soneto, la décima, la lira, el terceto, en lugar de limitar mi expresión, me la facilitan, dejándome entonces la facultad de concentrarme en el contenido; y paradójicamente, le han servido a mi pensamiento para alcanzar mis intuiciones y mis abstracciones.

La primera vez que vi mis renglones publicados fue en la antología *Presente de la lírica mexicana*, de Manuel Altoaguirre. Poco tiempo después publicaba mi primer libro, *Yo soy mi casa*, en septiembre de 1946. En abril de 1947, un segundo libro, *Puerta obstinada*, y en enero de 1948, *Círculo de angustia*.

Viene al caso citar aquí un soneto que publiqué después que apareció mi tercer libro (las malas lenguas decían que no era posible que yo escribiese mis versos)

y que es una de las pocas cosas de acento y pies forzados que he escrito:

Como dicen que soy una ignorante,
todo el mundo comenta sin respeto,
que sin duda ha de haber algún sujeto
que pone mi pensar en consonante.

Debe de ser un tipo desbordante,
ya que todo produce, hasta el soneto;
por eso con mis libros lanzo un reto:
“burla burlando, van los tres delante”.

Yo sólo pido que él siga cantando
para mi fama y personal provecho,
en tanto que yo vivo disfrutando
de su talento sin ningún derecho.
¡Y ojalá no se canse, sino cuando
toda una biblioteca me haya hecho!

La Editorial Stylo editó mis tres primeros libros en un volumen titulado *Poesía*, en junio de 1948; después me editó *Polvo*, en mayo de 1949. Se agotó y se hizo una segunda edición económica. A raíz de mi viaje a España, en 1950, se hizo en Madrid otra pequeña edición de *Polvo*. Mi último libro, *Más allá de lo oscuro*, se edita por primera vez junto con mis primeras obras.

Más allá de mí se juzgará mi poesía. Por ahora, lo importante es lo que ella significa para mí en lo personal. Mi necesidad de expresarme ha hallado un cauce legítimo. Siento que mi ser ha dado un fruto, y espero que mi espíritu vaya por un camino ascendente.

Guadalupe Amor
México, agosto 1951